

OBISPO.- ¿Está Polonia preparada para presentarse a su máximo rey?

AMÉRICO.- ¿Lo estáis vos?

OBISPO.- ¡No sois mi confesor!

AMÉRICO.- ¡Ya no os necesito, Titirilana!

OBISPO.- ¡Habéis perdido la fe! [Controlándose.] Habéis perdido la fe de nuestros padres. Vuestro hijo está enfermo, necesitáis rogar a Dios para que sane. Contad conmigo, sois vuestro obispo de los hilos de lana. Tenéis que aprender a dominar vuestra soberbia. Sois el rey más poderoso del mundo, pero no más poderoso que todos los reyes juntos.

AMÉRICO.- ¿Y habéis vos aprendido a dominar vuestra soberbia?

OBISPO.- [Desesperado.] ¡Pero yo busco! El Te Deum debió ser un réquiem para Polonia. ¡Ay del aquel pueblo cuyo rey no tenga fe! ¡Miserere mei, Domine! [Puente de penumbra a la siguiente escena.]

Escena VI [Salón de palacio]

AMÉRICO.- [Se acerca a Clotaldo.] ¡Hace dos días que me tienes en espera!

CLOTALDO.- ¡Mañana!

AMÉRICO.- ¿Habrá esperanza?

CLOTALDO.- Lo dirán los análisis

AMÉRICO.- ¿Que te dice el corazón?

CLOTALDO.- Por el corazón no me guío.

AMÉRICO.- Soy el rey más poderoso del mundo, y tengo que esperar.

CLOTALDO.- Vuestro hijo se salvará, y algún día será heredero de Segismundo, ¡perdón!, de Américo.

AMÉRICO.- ¡Nunca me entrenaste para vivir en la incertidumbre! Mientras no vea al infante correr por los jardines de palacio, viviré en este desasosiego... Si pudiera dormir.

CLOTALDO.- ¿Me permitís que os dé un somnífero?

AMÉRICO.- ¿Es el mismo que le diste a mi padre antes de llevarlo a la torre?

CLOTALDO.- No, la ciencia ha avanzado desde entonces.

AMÉRICO.- ¡Pues salva a mi hijo! ¡Si no, abominaré de la ciencia!

CLOTALDO.- La ciencia ha adelantado a la historia.

AMÉRICO.- ¡Pero los humanos nos seguimos muriendo!

CLOTALDO.- Bajo vuestro reinado, el promedio de vida ha aumentado en diez años.

AMÉRICO.- ¿Podéis darle diez años de vida a mi hijo?

CLOTALDO.- La ciencia no busca acabar con la muerte, sino prolongar la vida hasta que la dignidad humana perdure.

AMÉRICO.- ¡Mi hijo es casi un niño!

CLOTALDO.- Hablad con el obispo. Él tendrá palabras de consuelo.

AMÉRICO.- ¡Solamente tú puedes darme esas palabras!

CLOTALDO.- La ciencia no busca el consuelo, sino la verdad.

AMÉRICO.- ¿Qué es la verdad si no hay consuelo? ¡Ay, qué triste es el destino de los poderosos cuando se encuentran débiles! ¡Si mi hijo va a morir, prefiero estar muerto!

CLOTALDO.- Os dejo el somnífero, podrías necesitar más de una dosis.

AMÉRICO.- ¡Si pudiera dormir para siempre con un sueño reparador, de esos tan profundos en que hasta los propios sueños duermen!

CLOTALDO.- Mañana podéis asistir a misa de incógnito, como antes lo hacías. Yo os encontraré en la Puerta del Infierno.

AMÉRICO.- Mañana, en la Puerta del Hombre.

CLOTALDO.- Perdón, en la Puerta del Hombre. [Oscuro.]

Escena VII [Bajo la Puerta del Hombre, en la entrada de la catedral]

OBISPO.- [Sofocado.] ¡Majestad, mientras oficiaba os alcancé a reconocer entre el pueblo cristiano!
¡Qué bueno que vinisteis!

AMÉRICO.- [Seco.] Espero a Clotaldo.

OBISPO.- No os acercasteis a la Eucaristía.

AMÉRICO.- No, hoy no.

OBISPO.- [Avergonzado por su poco tacto.] Quiero decir que desde la distancia dudé que fuerais vos, y pensé comprobarlo en la Eucaristía.

AMÉRICO.- En el Te Deum comulgué con pan, ¿por qué había hoy de recibir a Dios?

OBISPO.- Su Majestad bromea, las emociones nada tienen que ver con el espíritu.

AMÉRICO.- Hoy lo tienen para mí porque mi espíritu está triste. Presiento que mi hijo se muere.

OBISPO.- Y Clotaldo, ¿qué dice?

AMÉRICO.- Aquí estoy esperándolo para saber la verdad.

OBISPO.- ¿Me permitís que os acompañe?

AMÉRICO.- Si queréis.

CLOTALDO.- [Llegando con atolondramiento.] La misa terminó antes de lo acostumbrado.

AMÉRICO.- ¡Dímelo sin rodeos!

CLOTALDO.- ¿Aquí? Vamos a palacio. [Al obispo.] Su Ilustrísima tenga buenos días. Vuestras puertas han quedado bellísimas.

OBISPO.- Son un poco paganas.

AMÉRICO.- ¡Quiero ahora la verdad!

CLOTALDO.- Las esperanzas son muchas.

AMÉRICO.- ¿Un año?

CLOTALDO.- No es tan fácil...

AMÉRICO.- ¿Seis meses?

CLOTALDO.- El tratamiento será largo.

AMÉRICO.- ¿Dos meses?

CLOTALDO.- Majestad, por favor.

AMÉRICO.- [Con gran ira.] ¡No quiero volver a verte sin una razón científica! ¡Y si tus "matemáticas sutiles" no pueden salvar a mi hijo, te borraré de la historia! [Al obispo.] Rogad a Dios que el infante recobre la salud; si no, olvidaros de Polonia, porque yo haré que Polonia se olvide de vos. [Anselmo entra al círculo de luz.] Maese, ¿qué buscáis en la catedral?

ANSELMO.- Vengo a esculpir.

AMÉRICO.- Brilla más el bronce que vuestro genio.

ANSELMO.- No esperaba ese comentario de vuestros labios.

AMÉRICO.- ¿Hay en esa puerta algo más que toneladas de bronce?

ANSELMO.- Creí que lo reconocerías al instante.

AMÉRICO.- [Observa la puerta con impaciencia.] Habéis esculpido a todos los santos y a todos los héroes.

ANSELMO.- ¿No es reconocéis?

AMÉRICO.- ¿Me habéis esculpido?

ANSELMO.- Dos veces en mi vida.

AMÉRICO.- [Busca con interés hasta que descubre su efigie. Continúa iracundo.] ¡Maldito! ¿Cómo os atrevisteis a parodiar "La aventura del ser"? ¡Mi aventura! ¡Yo no soy así! ¡Soy mucho más! ¡Soy la cumbre de la historia y vos os burláis de mí! Mi padre destruyó la primera versión, y no aprendisteis la lección. ¡Yo destruiré la nueva! ¡Y toda vuestra obra para que no quede vestigio de

vuestro nombre! ¡La historia no os recordará! Yo puedo destruir vuestro ser, así como vos pretendisteis destruir el mío.

ANSELMO.-[Calmado.] Lo que quise deciros con mi Puerta del Hombre fue entendido.

AMÉRICO.- ¡No tenéis perdón! ¡Alejaros los tres de mi presencia! ¡Sois una caterva de inútiles! ¡No podéis salvar a un niño! [Oscuro.]

Aparte II

SOLDADO.- A pesar de ser soldado, me dio lástima el rey Américo. La milicia nos entrena a no llorar, pero a veces el entrenamiento no basta. ¿Sospecháis a dónde fue Américo en busca de ayuda? ¿En dónde se refugia uno cuando el mundo se cierra? En los brazos del padre. Yo nunca tuve padre, pero la ventaja es que para ser soldado no se requiere haber gozado de la paternidad. El rey Américo sí tuvo padre, y quiso refugiarse en sus brazos. Yo lo recibí en la puerta de la torre, y me dieron ganas de llorar, pero me tuve que sorber mi amargura; un soldado no debe llorar, y menos delante del rey. El gran Américo imploró que quería ver a su padre, después de veinte años de ausencia. Yo le dije que el rey Segismundo dormía, pero era mentira, por su senilidad no podría reconocer a su hijo. Le dije esa mentira por lástima, a pesar de que un soldado no debe mentir. Pobre rey, cuando le informé que no podría verlo, soltó el llanto, como cuando era niño; en esos momentos no pudo comportarse como un buen soldado. Me hizo recordar tanto a mis hijos; no sé donde están ni qué será de ellos, pero ese sentimiento sólo lo puede tener un padre.

Después llegaron Clarín y Nicolasa. Yo me fue a velar a la cabecera de Segismundo. De pie, con la pica en la mano, como siempre lo hacía, gallardo y ufano; como si del velar su agonía dependiera su salud. Me acuerdo que me puse a rezar, porque por primera vez tuve miedo por Polonia, y por mí. Después de tantos años, la Moscovia se coligó con todos los pueblos que había dominado el rey Américo. Como si durante los grandes festejos se hubieran puesto de acuerdo. Atacaron Polonia por todos lados, por mar y por tierra. Por eso, esa noche la pasé orando como rezan los soldados: ¡Dios guarde a Polonia! [Oscuro.]

Escena VIII [Regreso de Américo a la torre]

NICOLASA.- ¡Señor, por fin volvisteis a la torre!

CLARÍN.- ¡Bienvenido!

AMÉRICO.- [Triste.] Me alegra veros de nuevo.

NICOLASA.- Vuestro padre duerme.

CLARÍN.- Duerme...

NICOLASA.- No intentéis despertarlo, ha estado muy enfermo.

CLARÍN.- Mucho.

NICOLASA.- Descansad un rato [mintiendo] que pronto despertará.

AMÉRICO.- La torre está igual que hace veinte años.

NICOLASA.- [Reaccionando.] ¡Clarín, trae vino! ¡Aquí ya se olvidó cómo se recibe un rey!

AMÉRICO.- ¿Dónde está mi padre?

NICOLASA.- El rey Segismundo no puede ser despertado.

AMÉRICO.- ¡Condúceme a su presencia! [Los tres personajes van al extremo del escenario. En una cama duerme Segismundo, en medio de almohadones. Tiene 75 años y la muerte adelanta sus facciones.] ¡Padre! ¡Padre! Postrado de rodillas pone la frente sobre el cuerpo de Segismundo y llora. Al no haber reacción, levanta el rostro y musita.] Padre, ¿sueñas como antaño? [Con gran cariño.] Soy Américo, tú único hijo. Hace años que no eres para mí más que un pálido recuerdo. He vivido tanto y apenas me he asomado a la ventana del Universo. ¿En qué fallé? ¿En lo mismo que tú? ¿Que será de Polonia? Rica, pero desdichada, vive nuestras limitaciones. Bien decías que soñando hacemos la vida más corta. ¡Padre, no entiendo la vida! Bien decías, "¿Qué es la vida? Una ilusión, un sombra, una ficción; porque toda la vida es sueño, y los sueños, sueños son". [Se incorpora lentamente y besa a Segismundo en la frente; se retira, en compañía de Clarín; el resto de los personajes desaparecen.]

AMÉRICO.- Clarín, ven aquí y siéntate.

CLARÍN.- No puedo sentarme enfrente del rey. Si nos ve el soldado, se va a enfadar.

AMÉRICO.- ¿Y qué puede hacerte?

CLARÍN.- Me puede retirar la palabra, y después, ¿con quién voy a conversar?

AMÉRICO.- ¿No sabes la historia del rey de Polonia que perdió la esperanza?

CLARÍN.- ¿Os referís a vuestro abuelo Basilio?

AMÉRICO.- no.

CLARÍN.- ¿A vuestro padre Segismundo?

AMÉRICO.- No.

CLARÍN.- [Como huyendo.] Yo me voy a relevar al soldado. Es hora en que cuido del sueño del gran Segismundo.

AMÉRICO.- ¡Clarín, ven aquí! Te voy a hacer una pregunta que quiero que me contestes con toda la sinceridad de tu alma. Sueña que eres rey, por un día, ¿qué harías? ¿Cómo manejarías tu reino?

CLARÍN.- [Humilde.] Yo, señor, no sirvo para eso. Preguntadle a Nicolasa, a ella le gusta soñar.

AMÉRICO.- Necesito tu respuesta. Sabes que puede haber guerra, una gran guerra. Si fuera rey, ¿declararías la guerra?

CLARÍN.- [Humilde.] Si vos soñáis que fueses Clarín, ¿os casarías con Nicolasa? [El soldado aparece con paso casi marcial.]

SOLDADO.- [Llorando.] Señor, lo que voy a decir es lo más triste que he dicho en mi vida. Nuestro rey de antaño, el gran Segismundo, acaba de morir. Se durmió para siempre. ¡Ya no soñará más!

NICOLASA.- [Aparece apresuradamente. Primero habla con el soldado y, después, con el rey.] No pudiste esperar a que yo se lo comunicara al rey; no sabes dar malas noticias. [Mira de frente a Américo.] Señor, el gran Segismundo os ha dejado huérfano, a vos y a todos. [Mira con presunción al soldado.]

SOLDADO.- ¡Sus últimas palabras fueron...!

NICOLASA.- [Arrebatándole la frase.] ¡"Hasta cuando... hasta cuando"!

SOLDADO.- ¡Hasta cuando...! [Su vos es la más triste que hemos escuchado.] ¿Qué querría decir con eso?

AMÉRICO.- [Con gran tristeza, que permanece en el resto de la escena.] ¡Nunca lo sabremos! Amigos, si por un momento soñarais que erais el rey, ¿declararías una guerra total?

NICOLASA.- [Rápida.] Depende.

AMÉRICO.- ¿De qué?

NICOLASA.- De que la pudiéramos ganar.

AMÉRICO.- En esta guerra habrá muchos vencidos y ningún vencedor.

NICOLASA.- Hablad con el rey de Moscovia.

AMÉRICO.- Ya no hay manera.

NICOLASA.- ¿Ni con su obispo?

AMÉRICO.- No hay comunicación posible.

NICOLASA.- Así como me la plantáis no hay escapatoria. ¡Hay que ir a la guerra!

AMÉRICO.- ¿Y tú, soldado, qué opinas?

SOLDADO.- Yo peleé en muchas batallas, pero nunca declaré una guerra. No me obliguéis a decidir ahora que soy viejo. Vos sois el rey, nosotros, los soldados. Sólo fuimos entrenados para obedecer.

AMÉRICO.- ¿Y tú, Clarín, sigues sin decirme nada?

CLARÍN.- ¿Qué hubiera hecho el gran Segismundo? ¿O vuestro abuelo? Haced lo mismo. Ellos no consultaron sus decisiones a los criados; por eso fueron grandes reyes.

AMÉRICO.- [Con gran pathos.] ¡Dios! ¿Por qué me pides que decida ahora? ¡Si mi padre hubiera decidido algo antes! Con una decisión sencilla hubiera cambiado el curso de la historia. O si mi abuelo hubiera tomado, hace muchos años, una decisión pequeñita, de esas que nada cuesta, ahora no tendría que tomar esta terrible decisión. Ellos no la tomaron, y es fue la herencia de Segismundo. [Mirando al público.] ¿Qué harías si fuerais el rey de Polonia? ¡Vamos, soñad un poco que lo necesitáis! Imaginaros que despertáis y sois el rey de Polonia, ¿qué harías? ¿Tendrías el valor y la cobardía de decidir una guerra total?

Escena última [La Torre; el obispo, Clotaldo y Anselmo llegan, todos los personajes vivos está presentes]

AMÉRICO.- [Los ve entrar.] ¿Qué hacéis aquí? ¿Venís a refugiaron, como yo, a la torre? [Los tres se miran sin respuesta.]

ANSELMO.- [Tomando la iniciativa.] ¡Vuestro hijo ha muerto!

AMÉRICO.- ¡Ah, el destino se ensaña en contra mía! ¡Las peores penas llegan cuando nos vamos haciendo viejos! ¡MI niño! ¡El corazón se me parte ¿como dos dolores! Pude acompañar a mi hijo

en su muerte, pero huí a la torre, y aquí tampoco pude acompañar a mi padre en su muerte. [Todos reaccionan queriendo ayudar a Américo, pero sin decidirse cómo.] ¡Me siento solo! ¡Soy como un viejo leño caído! En un sólo día he perdido las raíces y los retoños de mi sangre. ¡Yo también he muerto hoy! La muerte de los padres preludia la muerte de los hijos, y la muerte de los hijos adelanta la muerte de los padres.

OBISPO.- Dios es un padre que siempre espera con los brazos abiertos a sus hijos

AMÉRICO.- [Con inmenso resentimiento.] ¡He llegado a creer que los humanos no somos herederos del reino de Dios!

OBISPO.- ¡No blasfeméis! Debéis ir a consolar a vuestra esposa.

AMÉRICO.- ¿Se acuerda Dios de ella? [Con sarcasmo.] ¡Vosotros, las tres mejores cabezas del reino, tenéis que decirme a dónde debe ir Polonia, porque yo no quiero ser rey, vosotros sois mis herederos!

CLOTALDO.- ¡Yo no quiero ser tu heredero!

AMÉRICO.- ¡Tus matemáticas sutiles me dieron la infelicidad!

CLOTALDO.- [Iracundo.] ¡He sido el más fiel de tus seguidores, pero la ciencia no es el laboratorio de la felicidad!

AMÉRICO.- ¡NO, no lo es! Todos tus descubrimientos no nos han acercado un ápice a la felicidad.

CLOTALDO.- ¡No me echéis ahora la culpa! He sido sólo un servidor. Tu sabiduría es la que ha decidido los destinos de Polonia.

AMÉRICO.- Si tu ciencia no me da la sabiduría, ¿para qué la quiero?

CLOTALDO.- Lo que vos buscáis, no os lo puedo dar. Es como si le pidieseis al maese Anselmo que descubriera los secretos de la ciencia, o al obispo, los misterios de la belleza.

AMÉRICO.- [Recriminándolo.] ¡Te pedí muy poco, sólo unos años para mi hijo, y no lo lograste! [Al obispo y al artista.] ¿Y vos, nada me decís?

OBISPO.- No es momento de desunión sino de armonía.

AMÉRICO.- ¿Hemos estado unidos alguna vez?

NICOLASA.- Solamente una vez, cuando vuestra coronación.

AMÉRICO.- ¿Eso fue los que les dictó su sabiduría?

OBISPO.- Lo hicimos por amor a Polonia.

CLOTALDO.- Yo también.

AMÉRICO.- ¿Y vos, maese?

ANSELMO.- Yo nunca he hecho algo por amor a Polonia.

AMÉRICO.- Entonces, ¿por qué lo habéis hecho?

ANSELMO.- No lo sé.

AMÉRICO.- ¿Por qué caí en vuestra amistad?

ANSELMO.- No lo sé, Majestad.

OBISPO.- [Al rey.] Vos destruisteis las obras del maese, y nada pasó, pero animaros a destruir los logros de Clotaldo y los míos, y veréis a donde llegará Polonia.

AMÉRICO.- ¿Por qué ni ante la muerte podéis estar de acuerdo?

CLOTALDO.- Tenéis que luchar por alcanzar claridad en vuestra mente. Polonia os necesita.

OBISPO.- El pueblo cristiano os necesita.

ANSELMO.- [Con autoridad.] Si os quedáis en la torre, nunca franquearéis la Puerta del Hombre.

AMÉRICO.- La Puerta del Hombre ha sido destruida.

ANSELMO.- Nunca la podréis destruir de vuestra conciencia.

AMÉRICO.- ¿Mereceré algún día cruzar su pórtico?

ANSELMO.- ¡Estáis bajo su arco, aventuraros a ser!

AMÉRICO.- [Muy triste.] Aquí en la torre, cuando los arados son viejos y no surcan la tierra, los labriegos amarran grandes piedras... para que abran la tierra. Así son las tristezas, ¿verdad, maese Anselmo? Tú me lo expresaste hace muchos años. ¿Crees que puedo comenzar de nuevo? [Anselmo asiente.] ¡Ayudadme! ¡Ayudadme todos! [Todos se acercan.] ¡Dejadme ser! ¡Polonia

tiene que ser! Vamos todos a palacio. ¡Tenemos que llegar a ser! ¡Vámonos, aún queda una esperanza! ¡Hay que luchar! ¡Alguien tiene que heredar el reino de Polonia! [Sonidos de guerra y música marcial. Telón paulatino.]

Aparte Último [Fuera de telón]

CLARÍN.- [Al público.] Aquí termina la historia.

NICOLASA.- [Al público.] La que escribió el dramaturgo. La nuestra siguió porque la guerra duró muchos años.

CLARÍN.- No deberíamos estar aquí prolongando la historia a hurtadillas, pero queremos decirles adiós, pidiendo de nuestras faltas perdón, como en las comedias antiguas.

NICOLASA.- Pero hay informaciones que el dramaturgo olvidó mencionar.

CLARÍN.- Nicolasa y yo perdimos en la guerra a dos hijos y nueve nietos.

NICOLASA.- Hubo muchos millones de muertos. El rey Américo murió en el campo de batalla.

CLARÍN.- Nadie ganó. Ni los reyes de Moscovia. Todos murieron.

NICOLASA.- Si no en la guerra, en su cama; como el obispo.

CLARÍN.- Murió de una enfermedad muy dolorosa, pero en paz.

NICOLASA.- Clotaldo y el viejo soldado murieron casi juntos.

CLARÍN.- Hubo duelo nacional por la muerte de nuestro máximo científico, pero nadie se acordó del viejo soldado.

NICOLASA.- Solamente Clarín y yo asistimos a su entierro. Es más, pagamos los gastos. ¡En estos tiempos hasta morir es caro!

CLARÍN.- El último en morir de esa generación fue el maese Anselmo.

NICOLASA.- Clarín y yo quisimos estar con él en sus últimos momentos, pero el pueblo entero pensó lo mismo y no pudimos verlo.

CLARÍN.- Todas las mujeres y los viejos de Polonia desfilaron ante su catafalco. Los hombre no, porque estaban en el frente.

NICOLASA.- Fue un entierro maravillosos a pesar de que su obra había sido destruida y que solamente se conservó la escultura que me hizo para la cocina de palacio.

CLARÍN.- ¿Por qué tuvo que terminar así? Por eso quisimos hablar con ustedes mientras vivíamos de nuevo esta historia, con la esperanza de que la comprendiesen y nos la explicaran. [Desolado.] ¿Por qué nos quedamos solos?

NICOLASA.- Ya no pertenecemos al rey Américo.

CLARÍN.- Ni al gran Segismundo.

NICOLASA.- Ni al viejo Basilio.

CLARÍN.- Ahora estamos solos, no tenemos a quién seguir.

NICOLASA.- No hay herederos de Segismundo.

CLARÍN.- Nadie puede heredar la corona de Polonia.

NICOLASA.- [Con gran perplejidad.] ¡Espera, Clarín, sí hay alguien!

CLARÍN.- Todos han muerto.

NICOLASA.- ¿Y tú? ¿Y yo? [Al público.] Nosotros no estamos muertos.

CLARÍN.- ¿Estás loca?

NICOLASA.- ¡Somos los herederos de Segismundo! ¿No te das cuenta?

CLARÍN.- Yo no quiero ser heredero de Segismundo.

NICOLASA.- [Con creciente entusiasmo.] Si el maese Anselmo lo decía a los muchachos, ¡pero yo nunca lo entendí! ¡Estaba esculpido en su Puerta del Paraíso! Decía: "Tiempos vendrán en que estén solos; entonces será la culminación de la historia, cuando Segismundo herede a los pobres".

CLARÍN.- Pero ¡qué nos heredó! Un mundo sin rumbo.

NICOLASA.- ¡Nuestros hijos serán los timoneros! ¡No en balde tuvieron de maestros a los grandes; al obispo, a Clotaldo y al maese Anselmo!

CLARÍN.- Pero nuestros hijos no son ni santos, ni científicos, ni artistas.

NICOLASA.- [Casi atropelladamente.] ¡Ay, Clarín! ¿No lo ves aún? ¡Esta es la herencia de Segismundo! Anselmo la llamaba [duda] la unida de vida, no sé exactamente qué quería decir, pero nuestros hijos si los saben. ¡Ellos descubrirán qué rumbo tomar! Nosotros ya estamos viejos para ver el futuro. ¡Ellos, ellos son los que importan! ¡Los herederos de Segismundo! ¡Nuestros hijos!

CLARÍN.- [Llorando, mira al público.] Pero, ¿hasta cuándo?

NICOLASA.- [Con gran esperanza.] ¿Hasta cuándo...? [Dicen adiós al público ondeando sus manos y se pierden tras el telón.]

FIN